

Esta semana trae con ella un aniversario más, un aniversario de idéntica solemnidad: el del asesinato de Yitzhak Rabin, quien fue uno de los grandes israelitas que llegó a esa conclusión y quien pagó con su vida el atreverse a ponerla en práctica. Una posible paz, o incluso apartarse del odio y la violencia, hoy parecen tan remotas como para ser parte del ámbito de los milagros. Pero entonces, ese primer amanecer de un hogar judío hace un siglo fue prueba suficiente de que a veces, hasta en el campo de fuego que es el Medio Oriente, tales cosas se pueden dar.

## Los demasiados libros que no has leído

**Kevin Mims**

Avid Reader, es decir, Lector Ávido, es una librería independiente ubicada en Sacramento, California, en la cual trabaja regularmente Kevin Mims. “Querido milenial”, escribió en un artículo para *Quillette*, donde Mims colabora regularmente: “soy un hombre blanco de sesenta años sin educación universitaria. Haz con esta información lo que te venga en gana”. Tomado del *New York Times* del 8 de octubre de 2018. Traducción de Antonio Saborit.

**T**engo más libros de los que podría leer en lo que me queda de vida, y sin embargo, cada mes añado a los libreros unas decenas más. Durante años me sentí culpable por esto hasta que leí un artículo de Jessica Stillman en la página electrónica de *Magazine Inc.* titulado “Por qué se debe estar rodeado de más libros de los que se tendrá tiempo para leer”. Stillman sostenía que una biblioteca personal demasiado grande para agotarla en una vida “no es una señal de fracaso o de ignorancia”,

sino más bien una “insignia de honor”. Su argumento era una variación al tema propuesto por Nassim Nicholas Taleb en su *best-seller* de 2007, *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable*, un libro sobre el mayúsculo impacto en nuestras vidas de acontecimientos grandes e impredecibles. En esencia, Taleb sostiene que aunque la gente tienda a depositar un mayor valor en las cosas que sabe que en las que no sabe, son las cosas que no sabemos, y que por tanto que no podemos ver venir, las que tienden a dar forma a nuestro mundo de la manera más dramática.

Una biblioteca personal es muchas veces la representación simbólica de la mente de su propietario o propietaria. Quien ha dejado de ampliar su biblioteca particular pudo haber llegado al punto en el que piensa que sabe todo lo que necesita y que lo que no sabe no le hace daño. No tiene ningún deseo de continuar creciendo intelectualmente. Una persona con una biblioteca en constante expansión entiende la importancia de seguir siendo curioso, abierto a nuevas ideas y voces nuevas.

Taleb sostiene que una biblioteca personal:

debe contener todo lo que no sepas y todo lo que permitan poner ahí los recursos financieros, el pagaré de la hipoteca y el apretado mercado de bienes y raíces hoy en día. Conforme se crezca se acumularán más conocimientos y más libros, y el número creciente de libros sin leer en los estantes miran amenazantes. De hecho, mientras más se sabe, más grandes serán las filas de libros sin leer. Permítasenos llamar a esta colección de libros no leídos una *antibiblioteca*.

En realidad, a mí no me gusta el término de Taleb de “anti-biblioteca”. Una biblioteca es una colección de libros, muchos de los cuales permanecen sin ser leídos durante largos periodos de tiempo. No veo cómo eso sea diferente de una antibiblioteca. Un mejor término para aquéllo de lo que Taleb habla podría ser *tsundoku*, palabra japonesa que designa un conjunto de libros comprados, pero aún sin leer. Mi biblioteca personal la integran una décima parte de libros que he leído y nueve décimas partes *tsundoku*. Tal vez yo tenga unos 3000 libros. Pero muchos de ellos son antologías o compilaciones que contienen múltiples libros en su interior. Tengo un gran número de volúmenes de Library of America, una serie que publica las novelas completas de autores como Dashiell Hammett y Nathanael West en un solo libro. De esta manera, mi biblioteca de 3000 libros probablemente contenga más de 6000 obras. Una vez que leo un libro con frecuencia lo regalo o lo cambio en una librería de libros usados. De ahí que



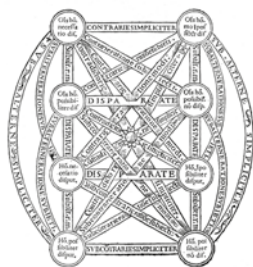
mi *tsundoku* siga siempre en aumento en tanto que el número de libros en casa que he leído permanece muy constante en unas cuantas centenas.

A decir verdad, sin embargo, *tsundoku* no logra describir buena parte de mi biblioteca. Tengo un buen lote de colecciones de cuentos, poesía, antologías y libros de ensayo, los cuales compré sabiendo que probablemente no leería todos. Gente como Taleb, Stillman y quien haya acuñado la voz *tsundoku*, al parecer, sólo reconocen dos categorías de libros: los leídos y los no leídos. Pero cualquier amante de los libros sabe que existe una tercera categoría que entra en algún lugar en medio de las otras dos: el libro a medio leer. Casi todos los libros en los estantes de referencia de un amante de los libros, por ejemplo, caen en esta categoría. Nadie lee de principio a fin el *American Heritage Dictionary* o el *Roget's Thesaurus*. Uno de mis libros predilectos es *The Stanford Companion to Victorian Fiction* de John Sutherland. Es una revisión fascinante, inteligente y sentenciosa de las novelas y novelistas de la Inglaterra victoriana, desde los famosos (Dickens, Trollope, Thackeray) a los justificadamente olvidados (Sutherland describe las novelas de Tom Gallion como “narrativa subdickensiana del sentimiento y los bajos fondos de Londres, escrita típicamente en un estilo elíptico antes que gracioso”). Tengo 20 años con este libro y le he sacado muchas buenas horas, pero dudo que alguna vez logre leerlo todo o las docenas de otros libros de referencia en mis estantes.

Las biografías tampoco las leo normalmente de cabo a rabo. Los biógrafos tienden a meter con calzador hasta la última pizca de información en sus libros. En realidad, no me importan las calificaciones que sacó Ogden Nash en una tarea de tercero de primaria o cuántos baúles de ropa se llevó Edith Wharton al otro lado del Atlántico cuando se mudó a Francia. Acaso haya varios centenares de biografías en mis libreros. He leído partes de casi todas ellas, pero muy pocas las leí en su totalidad. Lo mismo sucede con las colecciones de cartas. Cada vez que termino de leer alguna obra de narrativa, por ejemplo, de Willa Cather, me animo a sacar el tomo de *The Selected Letters of Wila Cather* y trato de hacerme una idea de cómo era ella cuando no estaba “trabajando”.

Éstos no se pueden contar como libros que yo haya leído, pero tampoco se pueden clasificar como *tsundoku*. Al igual que buena parte de mi biblioteca, viven en la dimensión desconocida de los leídos en parte. Taleb sostiene que los “libros leídos son mucho menos valiosos que los no leídos”, porque los no leídos pueden enseñar cosas que uno aún no sabe. En realidad, no concuerdo con él. Creo que es buena idea tener los libreros llenos tanto de libros leídos como de aquellos por





leer. Pero es igualmente importante esa tercera categoría: libros no leídos en su totalidad y muchos de los cuales nunca se terminarán de leer.

Ver un libro que ya se leyó puede recordarte muchas de las cosas que has aprendido. Ver un libro que no se ha leído puede recordarte muchas de las cosas que aún no sabes. Y ver un libro leído en parte puede recordarte que leer es una actividad que esperas que nunca acabe.

Tal vez los japoneses tengan una palabra para eso.